



CONCURSO DE RELATOS

XIX DÍA DEL PÍNFAÑO

Córdoba, octubre, 2024

MANOLO EL BARQUERO

Autor: Santiago de Ossorno de la Puerta

«Una mención aparte merece Manolo, dueño y señor del Castillo, guarda durante todo el año, maestro de ceremonias y cuentos, y siempre dispuesto para ayudar “os seus rapaces”. Esto le suponía, de vez en cuando, alguna filípica por parte de su mujer, Josefa, pues le decía que atendía “mais os rapaces que a ela”.

Cuando se llegaba tarde por la noche, más de una vez nos jugábamos a los chinos quién tenía que ir nadando, desnudo, desde la rampa del muelle de Santa Cruz a la del Castillo, traer la barca y pasar a los demás. Manolo se lo tomaba con filosofía y lo único que nos decía era que tuviéramos cuidado, porque si se “afogaba” un rapaz, él morría de pena».

(Leído en alguna parte, no recuerdo dónde)

El protagonista de este relato era lo más parecido a un viejo lobo de mar que uno pudiera imaginar, podría ser el mismísimo Corsario Negro en persona, y es que debido a la incesante lectura de tantos libros de aventuras puede ser que llegase a confundirlo con él.

Aunque solo fuera el guardés del castillo de Santa Cruz, para nosotros era un almirante de la Armada; empleado por el Patronato, residía durante todo el año en aquel islote coruñés junto a su mujer, Maruxa, y Jaime, hijo único de la pareja que era una buena pieza aplicando el sentido peyorativo del término, en una casa acondicionada para ellos; mantenían la isla y todo lo que ella contuviera en buenas condiciones para que cuando llegásemos en tropel los pínfanos sedientos de vacaciones, chicas en julio y chicos en agosto, pudiésemos disfrutar del paradisíaco entorno.

Durante las colonias, una de sus funciones consistía en ir al pueblo a recoger el pan nuestro de cada día que el Ejército suministraba cada mañana al colegio en grandes sacos de arpillera que pesaban un quintal (puede que exagere un poco pero la memoria no retiene ciertos detalles numéricos); estos sacos contenían la ración diaria de pan —la misma que contemplaba el reglamento militar para la tropa de reemplazo— para atender las necesidades vitales de un mínimo de cien personas entre alumnos, profesores, el páter, personal auxiliar y posibles visitas; unos bollos estupendos que llamábamos chuscos (pan de flama con sus curruscos acabados en punta) por ser la palabra utilizada en el mundillo militar que nosotros manteníamos; se acopiaban en cantidades industriales para repartirlos a lo largo del día en cinco comidas: desayuno, bocadillo de media mañana, comida, merienda y cena.

Había que ir a recogerlos muy temprano al pueblo y luego transportarlos como se pudiera hasta las cocinas del Castillo, lo cual dependía del horario de las mareas; en marea baja el camión podía acercarse por tierra hasta la escalera de acceso al muelle, pero con marea alta tocaba remar.

Entendiendo las dificultades del aprovisionamiento, la Dirección autorizó que se formase un equipo de tres o cuatro alumnos cuya misión era acompañar y ayudar a Manolo en esa tarea concreta; uno de mis mejores amigos era miembro de la partida, por lo que gracias a él pude unirme un par de años al esforzado grupo de porteadores.

A las seis en punto de la mañana, incluso antes en ocasiones, Manolo entraba sigilosamente en el dormitorio comunitario y nos despertaba en silencio a los elegidos para la gloria. No admitía quejas, excusas ni retrasos, te zarandeaba por los hombros y si no te levantabas al instante, allí te quedabas porque él no podía arriesgarse a llegar tarde a la cita con los de Intendencia así cayeran chuzos de punta, que a veces caían como es normal en Galicia incluso en agosto.

Para los aprovisionamientos de periodicidad no diaria, los camiones aprovechaban la bajamar para acercarse hasta las escaleras de entrada al Castillo y ayudábamos a su descarga llevándolo todo hasta las cocinas; sacos de patatas, cajas de legumbres y verduras, carne, pescado, latas de conserva, fruta, leche, galletas, mantequilla, café, etc., imaginemos lo que se necesita para alimentar a un batallón de hambrientos seres en plena efervescencia juvenil.

Más de una vez los camiones se vieron en problemas para regresar al pueblo antes de convertirse en submarinos si no calculaban bien los horarios, porque las mareas eran como Manolo, no admitían retrasos y cada seis horas alternas nos dejaban aislados en mitad de la bahía. Las mareas atlánticas que resiste el Castillo son tremendas, en un periquete se pasaba de poder cruzar andando a tener varios metros de profundidad marina bajo los pies.

Nada más sacudirnos por el hombro nos levantábamos, vestíamos y bajábamos a toda prisa al muelle donde ya nos esperaba Manolo, sentado al timón de la barca con un pitillo a medio fumar alojado en la comisura de la boca; remábamos en silencio hasta el muelle del pueblo y, tras asegurar con el cabo la barca colegial al noray, tarea supervisada por Manolo porque no terminaba de fiarse de nuestros nudos marineros, acudíamos al encuentro del camión militar en el aparcamiento del restaurante Maxi, junto a la carretera que venía de Sada que era por dónde con puntualidad y precisión castrense llegaba cada mañana el suministro panadero.

Abríamos el portón trasero y en equipo sacábamos aquellos grandes sacos de arpillera atados con cuerdas, con los símbolos del Ejército impresos en el exterior; venían repletos de pan recién hecho y todavía calentito, el delicioso aroma a tahona que desprendían nos recordaba que todavía no habíamos desayunado

y las tripas sonaban cual orquesta desafinada; ayudándonos con la carretilla o sobre los hombros, llevábamos los pesados sacos hasta el muelle, embarcábamos y emprendíamos la singladura de regreso navegando hasta el Castillo.

Para mí aquellas mañanas eran una aventura que vivía con intensidad porque me gustaba sentirme responsable, colaborando y ayudando a Manolo en lo que pudiera porque él se desvivía por sus rapaces; podíamos contar con él para cualquier cosa que le pidiéramos siempre que no atentase contra las normas establecidas, más relajadas que durante el invierno en los internados de procedencia pero normas al fin y al cabo, y no solo a los de la cuadrilla panadera sino con cualquier pínfano que lo necesitase.

Una vez en la cocina hacía la vista gorda mientras nos untábamos leche condensada en abundancia —aquellas enormes latas eran uno de los tesoros mejor custodiados del Castillo por las cocineras— en un chusco de pan que sacábamos de alguno de los sacos; a veces calentaba un poco de leche y achicoria para que entrásemos en calor y recuperar las fuerzas gastadas, sabiendo que en cuanto llegase la hora desayunaríamos otra vez; no nos dejaba tocar nada más de la cocina, de haberlo permitido podríamos arramplar con cualquier cosa comestible que hubiera a mano, pero le hacíamos caso porque él era el único responsable ante el Director si ocurría algo y no era cuestión de ponerlo en aprietos.

Hablando de levantarse, lo viví los veranos que no fui de la partida, a las siete y media en punto Manolo entraba de nuevo en el dormitorio principal, pero no en silencio como de madrugada sino convertido en un ciclón atlántico, alborotando todo a su paso; portaba un palo largo de madera con el que al pasar iba aporreando los barrotes metálicos de las literas, armando un jaleo que ni la campana del Castillo anunciando actividades, mientras profería a pleno pulmón su grito de guerra preferido:

¡Arriba, hijos del cuerpo!

Aquella frase era mítica, todos esperábamos expectantes y divertidos, entre dormidos y despiertos, la entrada tumultuosa y matinal de Manolo el barquero, dando voces y sin parar de golpear las literas con el palo, algunos valientes se atrevían a tirarle almohadas o zapatos a su paso y se montaba un zafarrancho de combate con el que el bueno de Manolo disfrutaba como un niño, vociferando en gallego con su fuerte acento, tan cerrado como ininteligible, seguramente profiriendo maldiciones bíblicas y malsonantes dichos marineros aprendidos en su pasado a bordo de algún barco ballenero.

Pensándolo con calma, puede que cuando decía ¡Arriba, hijos del cuerpo! se estuviera refiriendo a que todos éramos hijos de mandos de las distintas Armas y Cuerpos del Ejército (diría Cuerpo), más que a la procedencia corpórea de nuestra existencia (diría cuerpo); pero estoy convencido de que utilizaba esta sutil metáfora dándole un doble sentido para evitar posibles recriminaciones si

desde la Dirección se le pidieran cuentas, que no creo que lo hicieran porque lo conocían bien y sabían que jamás faltaría el respeto a nadie de la colonia y mucho menos a sus queridos huérfanos.

Él solito conseguía que todos nos levantásemos sin remolonear porque si te pillaba acostado se acercaba y te quitaba la manta cuartelera de un tirón, no había forma humana de resistir acostados su método, ni convenía arriesgarse a recibir un palo perdido por un pequeño error de puntería en el golpe; a las ocho en punto entraban los inspectores a revisar el dormitorio para comprobar que las camas estuvieran bien hechas, la ropa recogida en las maletas, todos los alumnos lavados, peinados y vestidos con la uniformidad debida, tras lo cual daban la orden de bajar en silencio y fila de a uno a escuchar Misa en la capilla y después al comedor para desayunar, sin duda uno de los mejores momentos del día.

Aparte de defender el castillo, el resto del tiempo Manolo y su hijo se encargaban de algunas cosas más, siempre estaban trajinando, arreglando esto o aquello, lo que fuera menester, cuidando del jardín, llevando y trayendo gente entre los muelles con la barca, sin descanso, una y otra vez; trabajos que cumplía a la perfección como los buenos, nunca lo escuché protestar por su trabajo, ni enfadado seriamente con nadie y seguro que tendría motivos de sobra porque las trastadas que no se le ocurriesen a unos se le ocurrirían a otros.

Para nosotros Manolo tenía la misma autoridad, dignidad y tratamiento que podían tener los profesores e inspectores encargados de que nuestra estancia fuera provechosa y sin incidentes, pero lo veíamos más cercano porque gracias a su posición podía permitirse ciertas familiaridades y darnos un trato sencillo y directo que los otros no podían; con su lenguaje llano, mezclando gallego y castellano, y con aquella voz grave tan particular, imponía respeto con su mera presencia, sin necesidad de levantarla.

La foto que acompaña este relato es la única suya que he conseguido gracias a un pínfano que me la ha enviado; es el del centro, el de la frente amplia, con el pelo cortado, escaso y canoso, asistiendo algo perplejo al saludo protocolario entre los otros dos fotografiados que podría coincidir con el preciso momento en que el Ejército procedió a entregar las llaves del castillo a la Xunta de Galicia, pero se le ve perfectamente y su imagen se corresponde con la que tengo grabada en la memoria.

Me pregunto si tras la cesión a la Xunta se le permitió seguir cuidando y viviendo en el castillo durante un tiempo, hasta que el Concello tomara plena posesión del islote y decidiera qué hacer con Manolo y su familia, pero tarde o temprano lo abandonaría y seguro que a pesar de su recio carácter marinero alguna lágrima furtiva se le escaparía a la hora de partir.

Desconozco si seguirá gobernando con brazo firme el timón imaginario de su barca o si ya habrá llegado a la otra orilla, llevada su alma por Caronte ante las puertas del Hades; de seguir con vida pasaría ampliamente de los cien años, pero esté donde esté le dedico agradecido estas pocas líneas desde el fondo de mi corazón.

Para los pínfanos que lo conocimos permanecerá vivo por siempre en nuestro imaginario juvenil, figura imprescindible en el recuerdo de los mejores veranos de nuestra infancia y juventud.